



BATALLAS Y SUEÑOS
DE UCHKU PEDRO

Melacio Castro Mendoza

BATALLAS Y SUEÑOS
DE UCHKU PEDRO



Primera edición: abril de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Melacio Castro Mendoza

ISBN: 978-84-10253-34-6

ISBN digital: 978-8410253-35-3

Depósito legal: M-8843-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Fue como saber que tu tumba no existe,
que andas por allí,
apurado entre las calles mojadas
trabajando sin morirte nunca.

GIOCONDA BELLI

¡Sierra de mi Perú, Perú del mundo,
y Perú al pie del orbe; yo me adhiero!

CÉSAR VALLEJO

En tiempos discontinuos, entre la gente, las rocas, el polvo y el viento de las Cordilleras Blanca y Negra, encontré la voz para escribir, a lo largo de cuarenta años, los versos que, por falta de tiempo, no escribió Anacleto Méndez Loli, el poeta y cantor de las batallas y los sueños de Uchku Pedro. Asumiendo su pluma escribí este poemario, dedicado al pueblo de Ancash y a los que con sus vidas y ejemplos nos enseñaron a valorar y amar el Perú.

MELACIO CASTRO MENDOZA
Alemania, 24 de marzo del 2010

PRÓLOGO

Recoge Melacio Castro poemas hilados por el amor a la tierra que expresan una rebeldía hacia la usurpación, la estulticia, la injusticia y la indiferencia de quienes, por un trozo de pan, se mantienen al margen. Un canto homérico al valor en medio de la opresión, al amor frente a la avaricia y al esfuerzo frente a quienes desdeñan el cambio social.

Poemas de gran contenido épico que pretenden recalcar las esencias de una raza que pervive, casi ausente, ante un aplastamiento vil que se ha perpetuado desde la Conquista. Es como si tratara de acabar con la dormición de un pueblo entero de la mano del aguerrido Pedro Celestino.

Toda esta gesta contrasta con poemas tan íntimos y entrañables como *Testimonio de Lucía*, que destaca sobre aquellos de mayor dureza. Es aquí donde el autor muestra toda su sensibilidad para dejar a un lado la guerra y el rencor.

(...)

Nieve humilde en la cumbre tomaba
forma de insistente gota y, desafiando toda fantasía,
atravesando rocas y piedras, era plata.
Más abajo, en las cascadas, si no era furia, era melodía.
Hermana del viento, su inquietud me ataba y aún me ata
a la tranquilidad de una laguna. (...)

Pedro Celestino se torna humano, amoroso y sensible cuando le habla a Lucía. El guerrero se transforma en hombre común y deja sus armas en el suelo por un instante. Entonces, se hace gran-

de y maximiza su sensibilidad en favor de la vorágine de las que seguramente serán sus últimas palabras.

El autor sabe cantar a la tierra, a la serpiente, a los pájaros, a la tormenta. Magnífico el poema dedicado a la sencilla vicuña, que enternece al lector y lo conecta con la madre tierra.

Prefiere el autor la fuerza poética a otros tropos que puedan barnizar el lenguaje. Un lenguaje duro, salvando algunos pasajes, que se justifican ante la necesidad de transmitir el legado de Pedro Celestino y concienciar sobre el destino de una nación oprimida.

Como la poesía de Celaya, se trata de versos comprometidos:

«Nada me parece tan importante como el buscar el contacto con las capas sociales abandonadas. Hay una masa inmensa a la que hay que buscar y promover hacia la poesía y la cultura. No haciendo una poesía mala o rebajada, sino una poesía auténtica». (G. Celaya, 1991-2011).

Como él, Melacio «maldice la poesía concebida como un lujo cultural por los neutrales que, lavándose las manos, se desentienen y evaden». Porque Gabriel y Melacio no son más que dos imprudentes al cabo del cambio social; una entelequia por la que luchar vale la pena, con las armas o con los versos.

Con Machado, Melacio «desdeña las romanzas de los tenores huecos y el coro de los grillos que cantan a la luna». Escribe poesía de verdad, sin tratar de complacer a los gentiles. Poesía de pasquín sobre los «adoquines bajo los que se encuentra la playa» del mayo francés del 68. Poesía osada, valiente, rebelde, incorruptible, que sabe bien cuál es su cometido. Poemas que nos hablan de mirar a la tierra con la desnudez de quien lo ha perdido todo en una sociedad donde no quedan esencias (acaso ni un sitio para las almas sedientas de justicia). Pero, por encima de todo, es un homenaje ancestral a aquellos hombres que no dudaron en derramar su sangre por un futuro por el que seguir luchando.

LUIS C. FOLGADO DE TORRES

Editor general del Grupo Caudal

ÉRAMOS LA UNIDAD PERFECTA

Superpuestos en unidad perfecta,
nuestro mundo de arriba viajaba en los lomos
del cóndor. Sus nubes y su luz
asistían a nuestro mundo de aquí,
expresado en montañas, valles y
desiertos, cuyos minerales, animales
y vegetales vivían en armonía con
nuestro padre el puma
y con nosotros mismos, los humanos.
Oscuridad necesaria nuestro mundo de abajo,
era él el piso sostenido por nuestra madre
la serpiente
y por el silencio de todas nuestras chulpas.

Uma afortunada la que asistía a cada ser humano,
formaba parte de la claridad del sol y de la luna.
Sonqo ritual
el nuestro, resumía la puntual energía de la tierra,
del agua y de los granos comestibles.
Vivíamos en reciprocidad y
para la reciprocidad. Servíamos
y nunca abusábamos de nuestro ambiente
natural o social.
Mar y río eran nuestros hermanos,

y su líquida presencia,
nuestra máxima expresión de ternura y fiereza.

Cada hombre, cada mujer y cada niño era solo
una especie de eslabón de una cadena.

Y cada cual se sabía
parte integrante del tesoro de nuestra lengua
y de nuestro único ser.

¿Peleas? ¡Las había!
¿Batallas? ¡Abundaban! ¡En la lucha
nació la unidad y el acero con que forjamos
nuestra reciprocidad!

En eso,
llegaron la espada y la cruz.
Sus portadores, invasores sedientos de metales,
tierras y fuerza de trabajo, nos declararon bárbaros
amantes
de la sierpe. Con cálculo y método,
incendiaron no solo nuestros templos;
irracionales,
nos convirtieron en
presas no solo de sus perros. A cañonazos
y a sablazos,
cercenaron nuestros cuerpos.

Con la bendición
de su cruz, instalaron la picota,
la horca fría y el patíbulo siniestro.

Arbitrarios, se apoderaron
de todo lo que nos pertenecía.

Vulgarizaron a nuestro padre el cóndor.
Demonizaron a nuestra madre la serpiente.
Dispararon contra nuestro padre el puma.

Entre espadas, vinos y hostias,
borrachos e ilusorios, declararon suyas nuestras manos.
A cañonazos, destruyeron nuestros techos,
arrasaron nuestros intestinos
y, no contentos con ello,
nos impusieron
sus vestidos, sus costumbres, su lengua
y sus creencias.
A cambio de sus abstractos credos y oraciones,
se tomaron para sí todo lo que les sirviera para
convertirlo en dinero, poder y privilegios.
La propiedad privada nos colgó a la cruz del hambre,
y su filuda espada nos sometió a la más negra
y absoluta miseria espiritual y física.
Era la voluntad de su Dios, dijeron.
¿Peleas? ¿Batallas? ¡Sí, claro!
¡Todo por la unidad! ¡Todo por la reciprocidad!
Lo afirmo y suscribo: ¡Pedro Celestino Cochachín!

SEGUIREMOS VIVIENDO

Arquitectos de la muerte,
Túpac Amaru, nuestro símbolo y espíritu,
fue solo una muestra de su arte.
Ante su cruz, destrozaron sus músculos.
Vena a vena, sus cuchillos vaciaron
su gran sangre.

Asesinado él, una vez más se burlaron
de nosotros. Con saña, volvieron a arrojarnos
al fondo del abismo. Colmados de paciencia,
convivimos con los piojos.
Entristecida,
la madre tierra
concedió, como medio de supervivencia,
sus rincones más cálidos
a los más débiles.
De entre estos, tuvimos muchos muertos
al aire libre.
Convertidos en pasto de gusanos,
los más afortunados fueron presas de las aves
de carroña.

Cuando, después del combate de Ayacucho,
se vieron obligados a abandonar nuestro
padre suelo,

muchos de los suyos cambiaron
de uniforme. De palabra, declararon
ser amantes de la paz. Golpeándose el pecho,
no faltaron los que,
junto a sus hijos
o a sus nietos,
hicieron suyas las danzas y las reglas
de su falsa libertad.

Irrefrenables y ambiciosos,
conspiraron
después
los unos contra los otros.
Precavidos, cercenaron territorios;
reforzaron la propiedad privada
y ejecutaron su práctica común:
acabar con los justicieros hombres
y mujeres.

Aun así, pregunto:
si la tierra es nuestra madre,
¿cómo aceptar que se
apoderen de ella y de sus recursos
solo
unas cuantas familias suyas?

Con la luz del sol y de la luna, de *orkeo*
en *orkeo* y de valle en valle,
Túpac Amaru
despertó
y empezó a caminar junto a nosotros.
«Si como él algún día caemos —pensé—,
nos acogerán nuestros Apus.
Convertidos en parte de sus coronas

o en parte de sus lagunas, sus vientos y sus hierbas,
insistiremos en dar forma al calor y a los colores
necesarios
en la forja de una real,
¡auténtica y maciza libertad!
Lo juro por mi pueblo
y por mi nombre: ¡Pedro Celestino!».